

La joven madre está sofocada por los perfumes que envenenan el hotel de Lucía, en el cual, gracias á tantos aromas, siéntese la vida artificial.

Un sentimiento cristiano y familiar conduce á Colomba á casa de su hermana. Una vez más quiere tratar de arrancarla á las delicias y los horrores de la vida de cortesana.

Al ver entrar á la joven, Lucía se siente feliz; arrójase del lecho para correr á abrazarla.

Estrecha á la madre contra su seno y llora de alegría sobre el adorable rostro sonriente de la criatura.

—Querida Lucía,—dice Colomba,—antes de dar á luz hice una promesa; juré á Dios que te salvaría.

La comedianta mira á su hermana con sorpresa. Parece no comprender.

—¡Has jurado que me salvarías! ¡Pero si no estoy tan perdida como crees! Dijérase que vienes á verme al hospital.

—¡Ah, querida Lucía! Tu cuerpo está en un palacio, pero tu corazón se encuentra en un hospital. ¿Cómo no tienes la altivez de comprender esto?

Lucía alza la cabeza. Se indigna, pero se contiene.

—Ya he pensado en eso, mas aun no es tiempo: ¡soy tan joven!

—Haz á tu deber el sacrificio de tu juventud. ¡Te lo suplico en nombre de nuestra madre, en nombre de mi hija!

Y Colomba, tornándose aun más dulce, añadió:

—Mira, Lucía, no seré feliz sino á medias mientras los periódicos se hagan eco de tus altas acciones. Mi marido tiene el buen gusto de no hablarme de ti, pero le apena lo que tú haces.

—¡Cualquiera creería que le mando mis facturas!

—Muy capaz sería de pagarlas si tú quisieras comprometerte á no seguir siendo una loca.

—¡De prisa vas! ¡Bien se ve que el matrimonio es para ti una distracción! Yo sólo tengo el amor. Pero tranquilízate: quiero poner fin á esto no tardando mucho; y un fin digno de ti. Amo. ¡Ni una palabra más!

—Acuérdate, Lucía, de que he hecho una promesa.

Hablaron por espacio de media hora; jugaron con el niño, se abrazaron.

Colomba se ha marchado; Lucía se pasea pensativa.

—Después de todo,—dijo,—no hace cara de divertirse mucho en su felicidad. Adoro á mis amantes; mas si me fuera preciso no amar sino á mi marido, no me divertiría, lo aseguro, lo aseguro. ¡La vida de familia! ¡Zape!

¡Zape! es la exclamación más elocuente de Lucía. Con esta palabra da fin á sus más bellos periodos.

—Y, sin embargo,—añadió,—es una verdadera alegría llevar un niño en brazos.

Volvió á acostarse.

—¡Sí, pero yo no tendré niños! Las cortesanas son como aquellos árboles de los trópicos que dan flores, pero no frutos, porque el sol los quema.

### III

#### *Un amante de corazón*

La princesa de \*\*\* dió una velada cantante. La señorita Lucía estaba invitada «á cantar»; al menos se le daba un billete de quinientos francos para sus guantes y su coche, según expresión consagrada.

—¡Quinientos francos!—dijo.—Eso se le da á mi doncella.

En aquel entonces, Lucía gastaba mil francos diarios y no se consideraba pagada con un billete de la mitad; pero por esto no cerraba la mano. El dinero, cayera de donde cayese, siempre era bien recibido.

Escribió á la princesa para rogarle no llevase á mal que se presentara con su acompañante, el señor Abelle. Se había hablado ya de este caballero á la princesa, que hubiera deseado no verle.

—Después de todo,—dijo,—tal vez se le haya calumniado. Además, un acompañante es casi siempre un hombre que no es hombre. ¡Poco importa, pues, que la señorita Lucía traiga el suyo!

¿Por qué se había calumniado al señor Abelle? sencillamente, por haber acompañado á algunas mujeres que no cantaban, pero á las que hacía cantar... á fuerza de amor. ¡Los derechos del culto, si ustedes quieren!

En el *Almanaque de las quinientas mil señas* falta algo. Sería indispensable consagrar una página á los acompañantes de estas damas (no hablo de los músicos). Tienen, por otra parte, un nombre más espresivo; pero el Diccionario de la Academia, siempre á la zaga, no le ha admitido aún.

Carlos Abelle era hijo de un abogado de\*\*\*, una de aquellas elocuencias de provincia que no hacen temblar sino al campanario. El padre Abelle tenía tres hijos; dos muchachos, de los que quería hacer sus iguales, y una hija, que destinaba á un abogado. Todo por la toga. La hija convirtióse en querida de un estudiante de medicina, el mayor de los muchachos entró á los diez y ocho años en el cuerpo de dragones, y el menor, que no había querido estudiar, sino música, decidió que tenía vocación por la ópera. Tomó lecciones de canto y

de piano. A los veinte años, fracasó á las puertas de la Ópera y del Teatro Lírico; mas no renunció á su ideal, diciendo que daría la vuelta al mundo con tal de darse á conocer.

Y, sin embargo, no debutó.

En una de las cenas que dan las señoras de que venimos hablando, fué llevado á cierto salón por un amigo de colegio, por si acaso, es decir, que se le pediría que cantase algo si la gente se fastidiaba. Naturalmente, la gente se fastidió. Y él empezó á cantar. Hasta entonces, nadie se había fijado en él; pero su voz, que era muy bella, extendió sobre él no sé qué aureola, al menos á los ojos de la señorita Lucía.

En su entusiasmo, la comedianta acercóse á él y lo cumplimentó, como hubiera podido hacerlo la señorita Rachel con un premio del Conservatorio. Esto de artista á artista, porque Lucía se tomaba en serio.

Viendo la gravedad con que hablaba de Mario, de Nilson, de Faure y de la Patti, se rió algo en torno de ella; pero ella estaba acostumbrada á burlarse de todo.

Pues bien: á partir de aquella famosa cena, Carlos Abelle había «acompañado» mucho á Lucía Moroni, hecha célebre por ir á las bellas veladas del mundo parisiense los días en que Sass, Nilson ó Carvacho estaban de servicio en el teatro. Sabido es que Adelina Patti no se presenta al mundo sino como marquesa de Caux. Como cantante, su grandeza la une á la orilla de los Italianos de San Petersburgo.

Lucía Moreau, convertida más que nunca en Lucía Moroni, estaba casi á la moda en los confines del mundo y del «demi-monde». En vano había pasado como cortesana por todos los burdeles parisienses; el teatro, que procura una amnistía á la perdida, rebaciale una virginidad. A diario defendía su rehabilitación desde el es-

cenario, por la frescura de su voz como por las poéticas figuras que representaba. En sus ascensiones hacia el arte, poco á poco íbanse olvidando sus caídas. A fuerza de amor, Magdalena fué perdonada; el arte tiene también sus estaciones milagrosas.

No por esto descuidaba Lucía su amor de interés, que ocultaba su amor de lujo. Llevaba ó sobrellevaba siempre cuatro pasiones á la vez, como hubiera conducido un carruaje tirado por cuatro caballos en el Bosque. Siempre tenía á su alrededor una juventud dorada. Un amante perdido, dos recobrados. ¡Amantes de una semana, amantes de un día, amantes de una hora! Ni aun sabía sus nombres. Imitaba á aquellas dueñas de casas que á sus cocineras llaman María —el nombre más común porque es el más bello—. Ella propinaba á todos sus amantes el nombre de Arturo; sólo que, si se trataba de un inglés, decía *Arturson*; si era un ruso, *Arturkof*; cuando era un español, decía *don Arturo*, y *signor Arturo* si se las había con un italiano.

Pero si era Carlos Abelle y nadie la oía, llamábale *des Grioux*. Y Carlos Abelle estaba en el séptimo cielo. Porque, si había soñado con ser un tenor célebre, no era con más fin que el de tornarse el amante que se oculta en los armarios roperos.

Abelle debía vengar á todos los infelices arruinados por Lucía; debía vengar á Gontrán Staller, muerto por ella.

Era el de aquel mozo el corazón más depravado que haya podido haber en el mundo. El mal viento del siglo había pasado por él cuando estaba en flor y habíale arrastrado, como el torbellino que tras sí no lleva la lluvia.

Abelle había renunciado muy temprano á todas las creencias. Comparaba á Dios con un gendarme. Decía

festivamente de su padre el abogado que «defendía á la viuda y hacía el huérfano». De su madre, ni una palabra, como no fuera que todas las mujeres eran unas tales. Tenía amarga risa; no amaba á nadie, fuera de sí mismo. Odiaba la gloria de los demás, la fortuna de los demás, el amor de los demás. Le hubiera ruborizado un grito salido del corazón. Si hablaba del honor, era por que se viese que sabía lo que era; pero, en la sombra, hubiera dejado abofetear sin vergüenza alguna al fantasma de su honor.

Tenía amigos porque tenía dinero; se decía que era dinero de Lucía; pero el dinero no deja de serlo ante la indignación. ¿No poseían todas sus virtudes, cuando Abelle convidaba á cenar, el Chateau Iquem y el champán Julio Mumm?

Una noche, no obstante, uno de sus amigos, un burión de su escuela, se atrevió á decirles, mientras Carlos le echaba Clos-Veugot:

—Ruborízome en mi copa y en mi rostro, porque es dinero de Lucía el que corre por el mantel. Mas, por otra parte, nada importa eso: cuando el vino está echado, menester es beberle.

—¿Y tu hermana?—gritó Abelle.—Querido, siempre se come el dinero de alguien. En esta mesa, es el de la querida; en la de al lado, el del esposo; en la de más allá, el del accionista. Omito por no cansarte el resto de la serie, y no hablo de los que se comen los ahorros.

—Convengo en ello,—dijo el amigo.—Lo cual no impide que tu padre, que ha defendido todas las causas malas, tal vez se negase á defender ésta.

Lucía fué, pues, á casa de la princesa de \*\*\* con su ordinario acompañante. Se juzgó que era ella muy linda y él bastante bello.

Mirándole de cerca, se notaba que no tenía la be-

lleza de líneas. La nariz era algo corta, la barba demasiado acentuada; pero tenía ojos expresivos, una hermosa cabellera y dientes blancos.

Se echó de ver que tenía colorete en los labios y polvos de arroz en el rostro.

La princesa no dejó de decirle, cuando Lucía se lo presentó:

—¡Cómo! ¿Se pone usted polvos, caballero?

Él respondió con asomos de impertinencia:

—Es que he venido en el mismo coche que la señorita Lucía.

La princesa se contuvo por no hacer poner á la puerta al «acompañante».

En los palacios y en los hoteles, cuando los cómicos ó los cantantes llegan, se ve siempre que algunas gentes corren hacia los bastidores improvisados. Hasta se ve que se aventuran algunas damas ansiosas del fruto prohibido. En casa de la princesa, Lucía se vió cercada. Como parecía olvidar que el señor des Grioux estuviese allí, éste se lo recordó bastantes veces pisándole con fuerza los pies. Ella tomaba aquello por señas apasionadas. Y, sin embargo, uno de aquellos que escuchan á las puertas, oyó decir:

—¡Acaba ya, que me haces daño!

Así es, que el que escuchaba á las puertas, se fué á consolar á un ex amante de la bella, diciéndole:

—Lucía ha encontrado su dueño. ¿Has reparado en ese caballereite á quien sólo falta un lunar para ser perfecto? Pues Lucía tiembla ante él como tú temblabas ante ella.

—Nunca temblé yo ante ella.

—¡Vamos! Entonces no eras ya un hombre. Pero no tienes por qué ofenderte; que más viles que tú se mostraron otros ante las exigencias de esa mujer.

Naturalmente, Lucía triunfó en toda línea. No se le pagaban más que quinientos francos; era menester darle otro tanto en aplausos, sin contar el ramillete.

Abelle no tuvo nada, ni un cumplimento. Así es que en cuanto se halló en el coche, cogió el ramillete de Lucía y lo arrojó por la portezuela.

Indignada, la comedianta se echó sobre él como si hubiera querido hacerle seguir al ramo. Pero él la asió de las manos y se las retorció entre las suyas. Había contenido su orgullo, sus celos y su cólera; y todo estallaba entonces.

—¡Ah! ¿Crees que sufriré sin chistar estas humillaciones?

Como no podía valerse de sus manos, Lucía hizo uso de sus pies; pero encontraba rudos adversarios en los de él. Tornóse leona. Mordió á Abelle en la mano. Él la demostró que era más diestro que ella en el combate; la dijo con aire altanero:

—¡Adiós, señora!

Como el carruaje iba al paso, á causa de la nieve, abrió la portezuela y se lanzó á la calle.

—¡Adiós, caballero!—dijo ella.

El cochero pretende que no dijo *caballero* (1); y la palabra que creyó oír comienza con la misma letra.

Lucía volvió á cerrar la portezuela y dijo al auriga que apretara el paso, aunque sus caballos hubieran de quedar en el camino.

—¡Por fin,—decía aspirando el aire... del otro lado, —me veo libre de ese hombre! ¡Esto es una bendición! Desde hace muchos días me mataba á fuego lento. Yo

(1) *Caballero*, en frances, se escribe *monsieur*; y con *m* empieza una palabra que es casi igual en francés que español, y que es aquella no inserta en el Diccionario de la Academia.

era bastante loca para imaginarme que le amaba y que no podía vivir sin él.

Como algunas de nuestras cortesanas, Lucía tenía dos lechos: el de... descanso y el de adorno; el de los días ordinarios y el de los días que repican fuerte; el lecho de los mortales y el lecho de los dioses.

Cuando se vió en casa, se preguntó en cuál de los dos iba á acostarse. Miró ambas camas, como si ellas la hubieran de aconsejar.

—¡Ese infame Abelle...!—dijo.—¡Qué dichano verle aquí!

Pero en los dos lechos notaba no sé qué abandono que la helaba.

—¡Y voy á darme el lujo de acostarme sola! Pero es el caso que hace mucho frío; y me parece que esas telas están con nieve tejidas.

Se estremeció y dijo á su doncella que atizara el fuego.

Mientras la joven removía éste,

—Carolina,—añadió,—¿sabe usted dónde vive el señor Abelle?

—Sí, señora. ¿Es que el señor Abelle no viene esta noche?

—No. Hemos reñido. No le volveré á ver. Pero me gustaría saber qué hace esta noche. Va usted á ir á su casa.

—¿A estas horas?

—No hay mucha distancia de aquí allá.

—¿Y se figura la señora que le encontraré en su casa? ¡Conozco bien al señor Abelle! ¡Si no se acuesta una noche solo!

—¿Usted qué sabe?—dijo Lucía con impaciencia.— ¡Vaya en seguida á ver si lo encuentra!

—¿Sabe usted una cosa, señora? Para ir á la calle

de Ponthieu se ha de pasar por la de Berry, en donde vive la señorita Treinta y seis Virtudes: creo que no haría mal en subir á casa de ésta.

—¿Está usted loca? ¡A las dos de la mañana! ¡Que la acompañe á usted un lacayo!

La doncella no replicó, porque conocía muy bien á Lucía.

En cuanto salió su criada, la cantante murmuró:

—¿Es posible que vaya á casa de esa mujer?

Y, pensando en el combate en el coche,

—¡Pobre Carlos!—dijo.—Le he mordido hasta hacerle sangre.

Olvidaba ya que Abelle la había llenado las manos de cardenales y que tenía los pies magullados.

La pasión volvía á subirsele á la cabeza. Llamó de nuevo á Carolina.

—Le dirá usted que me traiga al momento mis cartas.

—¿Y si no está en su casa, señora?

—Irá usted á la de esa señorita; le dirá usted que estoy resuelta á todo. ¡Es menester que lo vea!

Cuando la doncella llegó ante la casa en que vivía Carlos Abelle... cuatro horas diarias, desde las doce á las tres de la tarde, el tiempo de cambiar de camisa y de escribir una carta, éste llegaba á su vez, como hombre que no tiene prisa por volver á su morada... En el camino había llamado á una puerta hospitalaria, pero el lugar estaba ocupado. Buscaba en sus recuerdos, preguntándose si en el barrio no había una amiguita que le consolara de su grande amiga.

Reconoció á Carolina.

—¿Qué diablos hace usted aquí á estas horas?

—Le busco á usted.

—¿Con qué fin?

—¡Ah! Es ése un secreto de la señora. Quiere ver á usted.

Y la doncella se echó á reír.

—No se olvide usted de llevarle sus cartas, porque ése es el pretexto.

Abelle se echó á reír á su vez.

—¡Sus cartas! ¡Vaya una pretensión! ¿Se ha figurado que yo colecciono autógrafos? ¡Sus cartas! Mucho tiempo hace que volaron con el humo de sus cigarrillos.

Y, tomando un aire trágico,

—Diga usted á su ama,—añadió,—que estoy aquí por mi soberana voluntad y que no iré á su casa... sino á bayonetazos.

—¿A bayonetazos? ¡Espere usted!

Y Carolina, que tenía robustos brazos, los agitó vigorosamente para poner al amante en buen camino. Él quiso contestar; pero salió vencido, porque el pudor le detuvo. Carolina tenía el seno más bello del mundo, al decir de los adoradores de Lucía.

Cuando llegó delante del hotel, precedido del lacayo, seguido de la doncella, como un malhechor entre dos gendarmes, oyó cerrar una ventana.

Era Lucía, que esperaba ansiosamente asomada al balcón.

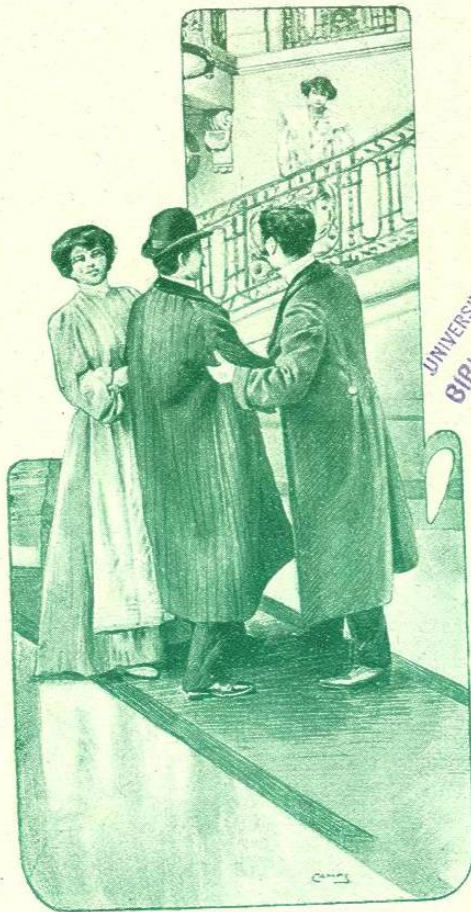
Carlos Abelle no quería subir. Carolina lo cogió en brazos y le hizo saltar dos escalones, porque era más fuerte que él.

—¡No!—dijo Carlos Abelle, queriendo volverse atrás.

—¡No sé á qué vengo aquí!

En aquel momento, la doncella, que resistía vigorosamente, vió aparecer á Lucía en lo alto de la escalera.

—¡Señora! ¡señora!—gritó riendo.—Venga usted en mi auxilio.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO"  
Año 1625 MONTECERMO

Lucía, que sólo escuchaba á su pasión, bajó de cuatro en cuatro los escalones y tendió los brazos á su amante.

—¡Cómo!—le dijo, cubriéndole de besos.—¡No hubieras vuelto solo!

—¡Nunca!

—¡Siempre!

## IV

*Un lindo esposo*

Lucía era la mujer de las reconciliaciones. Cuando las mujeres están á mil leguas de las albas virginales, cuando han franqueado sin vergüenza todas las estaciones del amor —del amor descendente—, buscan las emociones violentas como los glotones que acaban por la pimienta de Cayena (1). Se había despedido para siempre de los paseos amorosos, de los ensueños sentimentales, de las conversaciones al amor de la lumbre. Buscaba la tormenta, llamaba al rayo. No era la primera vez que Carlos Abelle «la tumbaba» y que ella le mordía en la refriega. Hasta entonces, siempre acabaron por perdonar, saboreando las locas embriagueces de la pasión.

El amante conocía las fuerzas todas de su despotismo sobre Lucía. Ella era siempre la primera en buscar el arreglo. El volvía á ser el de antes incondicionalmente; pero á menudo como un perro que todavía enseña la dentadura, hasta cuando acaricia.

(1) Es decir, por la deportación.